

REDACCION (AVENIDA ORIENTE 540.) Calle de las Escalerillas No. 20. Apartado postal núm. 321. EXPENSOS: Toda las Alcaucillas y Kioscos para la venta de periódicos. Vendiendo como artículo de segunda clase

EL MUNDO

Diario de noticias universales, con de la opinión y reseña de la actualidad.

PRECIOS ADELANTADOS: Suscripción en la capital levada a domicilio 37 centes. Números atrasados 3 centes. En los Estados 75 centes mensuales. No se publican los lunes.

Fundador propietario, Vicente Solares.

Gerente, Trinidad Herrera.—A. 735.

"EL MUNDO." BOLETIN

RESUMARIO.—LA PENA DE MUERTE.—ESTA NO OBEDECE A LOS PRINCIPIOS DEL DERECHO NATURAL.—LA CONSTITUCION INICIO LA ABOLICION DE ESTA PENA.—EL REGIMEN PENITENCIARIO.—CÓMO SE HA APLICADO LA PENA DE MUERTE.—LAS EJECUCIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS.—NUESTRAS OPINIONES.

Los generosos esfuerzos del Marqués de Bezanía, no lograron conseguir hasta la fecha, que la humanidad dando un paso hacia sus misteriosos destinos, viera realizado el ideal de la abolición absoluta de la pena de muerte. En vano los más ilustres filósofos y los más grandes juristas han demostrado hasta la evidencia que esa pena, última exigencia de la barbarie de otros siglos, no obedece á ninguno de los raciocinios del derecho natural. La pena de muerte no es reparadora del mal causado, porque la pérdida de la víctima no se repara con la muerte del homicida.

Y si esto no se consigue, de la misma manera no se consigue tampoco la regeneración del criminal. Nuestra constitución inspirándose en los más elevados principios, inició una reforma en el sentido indicado, cuya reforma, si no satisficiera todavía las aspiraciones de los hombres generosos, á lo ménos fué un gran paso dado por nuestros constituyentes para llegar á obtener algún día la completa abolición de la pena de muerte. Aquellos ilustres patricios, soñaban en su época, con el establecimiento del régimen penitenciario para llegar á ser un hecho práctico el quinto precepto del Decálogo; pero no contaban ni con nuestra apatía, ni con nuestras crisis hacendarias, ni con nuestras revoluciones.

Ellos en principio abolieron en tesis general la última pena, dejando subsistente, mientras el régimen penitenciario se establecía, para el asesino con alevosía, premeditación y ventaja, el salteador de caminos, el incendiario, parricida, etc. etc. Treinta y tres años han pasado

desde aquella memorable fecha, y hasta ahora no se ha podido llegar á conseguir la realización del humanitario sentimiento de los hombres de 57; porque tampoco se ha conseguido la fundación, no sólo del sistema, sino de los establecimientos penitenciarios.

Y la pena de muerte sigue aplicándose aunque no con tanta prodigalidad como en otras épocas, solo que se procura quitarle aquellos fúnebres y tormentosos aparatos de otros tiempos.

Así ha muerto Del Moral, entre los téticos muros de la Cárcel de Belem, así han muerto muchos desgraciados sin aparato y sin escándalo.

Esto acusa una generosidad de sentimientos y un grado de progreso en nuestro país que nos hace concebir la esperanza de que no muy tarde quedará definitivamente abolida en México, la pena capital.

Cuando en los Estados Unidos, por una ridícula conmiseración se inventan procedimientos para ejecutar á los reos, por el mismo procedimiento que las sociedades protectoras de animales han hecho poner en práctica para matar al ganado vacuno, cuando allí se organizan empresas para contratar las ejecuciones de los reos condenados á la pena de muerte, aquí en México, se procura proveer de todo escandaloso aparato, esa terrible exigencia social, como si nos avergonzáramos del progreso y la civilización del siglo.

Quizá será una de nuestras más aventuradas opiniones, pero creemos firmemente que la República Mexicana en los primeros años del siglo entrante habrá proferido de sus Códigos, primero que los Estados Unidos, la odiosa y repugnante pena, de que tanto uso hicieron algún día los pueblos más bárbaros del mundo.

EL BESO.

¿Sabeis lo que significa el beso, carísimas lectoras?

—Ya me parece que estoy oyendo vuestra inocente respuesta: Es una manifestación de respeto ó de cariño; el saludo entre las damas; son dos labios purpurinos

que se buscan para decirse muchas cosas y palabras.

—Muy bien; esa es su significación general y la que le dan las gentes que no se toman nunca el trabajo de analizar las costumbres ni estudiar la historia de la humanidad en los actos más pequeños de la vida.

Eso dicen las niñas que pisan do apenas los umbrales de la juventud y no han sido engañadas todavía por la serpe tentadora, y obediendo á la imperiosa ley de la falsedad que rige los destinos del mundo, se engañan á sí mismas sin saberlo.

Pero no es eso todo; si nos remontamos en alas de la memoria a las edades pasadas, y nos fijamos en la época presente, veremos que pueden decirse de esta suavísima palabra que nos sirve de tema, muchas cosas buenas ó muchas malas, y nosotros, acaso abusando de vuestra paciencia y vuestra bondad, nos proponemos decir un poco de cada cosa.

Analicemos primero que nada, las terribles consecuencias del primer beso de que tenemos conocimiento:

Dicen que fué el que Luzbel, bajo la forma de una serpiente, imprimió en la desnudez de nuestra muy amada madre Eva, y que trasmitido por ésta al bienaventurado Adán, le dió á conocer la fruta del árbol prohibido.

—Desde entonces datan todas nuestras desgracias, porque Dios en un rapto de indignación celestial, castigó el pecado de sus primeras criaturas con una crueldad neromiana. Sobre la mujer descargó una sentencia tremenda, que no queremos recordar en este artículo, para que no brille por demasiado prosaico, y encarándose con el hombre le dijo con voz de trueno: ¡Miserable, ganarás el pan con el sudor de tu frente!—Dicen que después se arrepintió y dijo: creced y multiplicaos.—Pero ya era tarde, y aunque el hombre obedeció este último mandamiento, no pudo sustraerse á las penalidades del trabajo que entibian el gusto que recibe con los besos de las hechiceras hijas de Eva.

El beso es, pues, el origen de los padecimientos del hombre sobre la tierra.—Es el nacimiento

de un goco envuelto en la iniciación de sus desdichas.—Constituye el primer acto de rebeldía de que dió muestras el género humano.—Es el rompimiento de la primera cadena esclavizadora.—Es el primer eco de independencia que interrumpió las tranquilidades de la seta; es, en fin, el hombre prefiriendo las borrascas de la libertad á la vida tranquila pero ignorante á que el despotismo de su Dios lo sujetaba.

Pero si el beso de la serpiente inició el trabajo que nos abruma y el libertinaje que nos consume, el beso que Júpiter le dió á J. Jesús en la mejilla, es la lección más famosa que nos puede haber legado la historia, porque á cada momento nos radian magníficos imitadores de aquel apóstol ingrat.

Es indudable que Júpiter debe haber tenido muchas hijas, pues entre ellas, aparecen con frecuencia esas caritas sonrientes, disfrazaudo almas traidoras, capaces de vender por treinta dineros de plata, á las mismas amigas á quienes acaban de dar un sonoro beso en los labios.—Por eso nos reímos con lástima cuando vemos dos mujeres que se besan. Son dos Júpiteres que se venden.—Es delicioso escuchar el armonioso repique de besos con que se saludan dos muchachas adolescentes después de algún tiempo de ausencia. Son divinos los cuadros artísticos que presentan.

Parecen dos palmas que se enlazan, dos azucenas que se acarician, dos tórtolas que se comprenden.—Son dos almas que se confunden en una sola, en medio de una música de besos.—Más de una vez hemos contemplado entusiasmados, esos bellísimos grupos capaces de despertar animación en los más desalentados espíritus.

Y sin embargo, esas ardientes manifestaciones de cariño, nunca son verdaderas entre las mujeres.

(Continuará.)

El 14 de Julio de 1789

De todas mis lecturas históricas, ninguna me ha hecho tal

impresión como la de la Revolución francesa. Al recordarlo, me siento siempre impulsado á exclamar como Adolfo Thiers exclama al principio de su ya célebre y clásica historia: ¡Qué tiempos! ¡qué cosas! ¡qué hombres!

De todos los grandes sacudimientos que han conmovido hondamente á la raza humana y á las sociedades civilizadas, ninguno me parece más simpático, más grandioso, más sublime y más dramático, que ese período de frenesí revolucionario que por espacio de cinco ó seis años hizo del pueblo francés una masa de sublimes energías que en la siniestra mano tenían la declaración de los derechos del hombre y de los fueros de las naciones y en la derecha el sangriento tajo de la guillotina.

¡Qué de figuras tristes y terriblemente factóticas pasan en procesión solemne ante mis ojos siempre que las evoco con el más ligero esfuerzo de mi memoria!

Desde Camilo Desmoulins que en unas cuantas horas de inspirada elocuencia y de explosión revolucionaria determinó y presidió el ataque de la Bastilla, hasta el incorruptible é injustamente execrado Robespierre que con su muerte cerró el horrible período del terror, ¡qué dilatado desfile de fantasmas envueltos en sudarios manchados de sangre! Me parece que escucho á Mirabeau cuando aparecía en la tribuna *espantoso de fealdad y de námen*, como ha dicho algún cronista de aquella época; creo oír re-onar en mis oídos aquellos terribles apóstrofes á la monarquía, y sobre todo á aquel sublime arranque: ¡allez dire á votre maître!

Este grande hombre, encarnación de la elocuencia revolucionaria, fué quizá el único de todos los protagonistas de aquel inmenso drama, que no murió en la plaza de las ejecuciones, sino en un suntuoso lecho rodeado de flores y empapado de perfumes

Oigo á Dantón gritando con estentórea voz: "¡audacia, más audacia y siempre audacia!"

Oigo al repugnante Marat pidiendo con frenética locura las cabezas de doscientos ó trescientos mil ciudadanos!

FOLLETIN NÚM 9.

II. DE BALZAC. SUOLTOS DE LA VIDA. TRADUCCION DE ANGEL ROMERAL. (CONTINUA.)

—Te lo repito, hijo mío, no toques nada en las posadas, hacen las cosas más insignificantes diez veces más de lo que van. Oscar hubiera querido ver á su madre muy lejos, cuando le meten en el bolsillo el pan y el chocolate. Esta escena tuvo dos testigos jóvenes de algunos años que el escapado del colegio, con vestidos que él, venidos sin madre, y cuyo andar atavío y

maneras, revelaban esa completa independencia, objeto de todos los deseos de un niño aún bajo el yugo inmediato de su madre. Estos dos jóvenes fueron entonces para Oscar el mundo entero.

—Dice mamá,—exclamó, riendo, uno de los dos desconocidos. Estas palabras llegaron al oído de Oscar y determinaron un: Adios, madre mía! lanzado en un terrible movimiento de impaciencia.

Mme. Clapart, confesémoslo, hablaba un poco demasiado alto, y parecía confiar á los transeuntes su ternura.

—¿Qué es lo que tienes, Oscar?—preguntó esta pobre madre, algo picada. No te conozco, prosiguió con severidad, creyéndose capaz, (error de todas las madres que maman á sus hijos), de imponerle respeto. Oye, Oscar mío, dijo recordando al momento su voz tierna; tú tienes propensión á charlar

á decir todo lo que sabes y lo que no sabes, y eso por bravata, por un necio amor propio de joven; te lo repito, piensa en refrenar tu lengua. No tienes aún bastante edad, tesoro mío, para juzgar de las personas en cuya compañía vas á hallarte, y nada más peligroso que hablar en los carruajes públicos. Además, en diligencia, las personas de calidad guardan silencio.

Los dos jóvenes, que sin duda habían ido hasta el fondo del establecimiento, hicieron resonar de nuevo, bajo la puerta cochera, los tacones de sus botas; podían haber oído este sermón; así es que para desembarazarse de su madre, Oscar echó mano de un remedio heroico, que prueba cuanto el amor propio estimula á la inteligencia.

—Mama, dijo, estás aquí entre dos aires, podrías coger una fluxión; y además, voy á subir al carruaje. El muchacho había tocado algu-

na cuerda sensible, porque su madre se apoderó de él, le abrazó como si se tratara de un viaje muy largo, y le condujo hasta el cabriolé, dejando ver los ojos arrasados de lágrimas.

—No te olvide dar cinco francos á los criados,—dijo ella. Escribime al menos tres veces durante estos quince días, pórtate bien y piensa en todas mis advertencias. Llevas bastante ropa blanca para no tener que darle á la colada. En fin recuerda siempre las bondades de M. Moreau, óyele como á un padre y sigue al pie de la letra sus consejos.

Al subir al cabriolé, Oscar dejó ver sus medias azules por un efecto de su pantalón que subió bruscamente, y el fondo negro de este por el juego del gabán que se abrió. Así la sonrisa de los dos jóvenes á quienes no escaparon estas señales de una honrosa medianía,

fué para el amor propio del joven una nueva herida.

—Oscar ha guardado el primer asiento.—dijo la madre á Pierrotin. Colócate en el fondo, prosiguió mirando siempre á Oscar con ternura y sonriéndole con amor.

Oh! cuanto sintió Oscar que las desgracias y las penas hubiesen alterado la hermosura de su madre, que la miseria y el cariño la impidiesen estar bien vestida! Uno de los jóvenes, el que llevaba botas y espuelas, empujó al otro con el codo para mostrarle la madre de Oscar, y el otro retorció su bigote con un gesto que significaba:— Linda apariencia!

—¿Cómo desembarazaré de mi madre?—se dijo Oscar con aire pensativo.

—¿Qué es lo que te pasa?—le preguntó madame Clapart.

Oscar fingió no haber oído, el monstruo! Quizá en esta circunstancia Mme. Clapart carecía de